

hacia y deshacia en palacio, y todos los servidores del rey doblaban la rodilla en su presencia. Sólo Mardoqueo se negaba a tributarle un homenaje debido únicamente a Dios. Cuando Hamán lo advirtió y supo que era judío, se reafirmó en su idea de exterminar a los hijos de Israel, y fijó para la realización del bárbaro decreto, el día 13 del mes de Adar. La consternación fué general entre los sentenciados, pero Mardoqueo se resolvió a jugarse el todo por el todo. Poco tiempo antes el azar había consolidado su situación en la corte: paseaba una noche ante las puertas del palacio, cuando llegaron hasta él algunas palabras que le llenaron de espanto; escuchó más atentamente, y pronto se dió cuenta de que se estaba armando un complot con propósito de matar al rey. Inmediatamente se presentó a la reina, la cual no se descuidó en llevar a Asuero la noticia que le había comunicado su tío. Se hicieron indagaciones, y averiguada la verdad del hecho, los conspiradores fueron ahorcados, y el suceso registrado en los anales del reino.

Para salvar a sus compatriotas Mardoqueo acudió también a la intervención de Ester. Era necesario que se presentase al rey, que le declarase su origen israelita y que intercediese por los suyos. Había solamente una dificultad, y era la costumbre de que nadie, bajo pena de muerte, podía entrar a ver al rey sin ser llamado. Ester, sin embargo, resolvió correr el peligro, no sin antes ayunar y orar, vestida de cilicio y cubierta de ceniza. Adornóse luego con sus galas reales, y acompañada de dos de sus siervas, se dirigió a la sala del trono. Allí estaba Asuero, cubierto con espléndido manto y resplandeciente de oro y pedrería. Su primer impulso, al ver que se quebrantaba de esta manera el protocolo de palacio, se reflejó en su gesto indignado y

en sus ojos llameantes de furor, lo cual hizo que la reina cayese desmayada a sus pies. Este incidente le transformó de tal manera, que bajó del trono, tomó a Ester en sus brazos y le dijo: «No temas, Ester; tú estás libre de la muerte, pues esta ley no ha sido puesta para ti.» Puso luego el cetro sobre ella, y le preguntó cariñosamente: «¿Quieres pedirme alguna cosa?» —«Si le place al rey—respondió ella—, suplícole que venga hoy con Hamán al convite que le tengo preparado en mis habitaciones, y allí le expondré mi deseo.»

El rey asintió, y Hamán, al saber que era objeto de aquella distinción por parte de la reina, se llenó de alegría, ensombrecida únicamente por la presencia de Mardoqueo, a quien vió aquella tarde al salir del palacio tan indiferente como siempre. Ya en casa decía a su mujer y a sus amigos: «Toda mi grandeza me parece vacía mientras vea a ese judío sentado a la puerta del palacio.» Aconsejaronle que preparase para él una viga de cincuenta codos para colgar en ella al odiado israelita, y decidió hacerlo antes de ir a comer con la reina.

### *El castigo de la soberbia*

Aquella noche el rey, no pudiendo conciliar el sueño, se entretuvo repasando los anales de los tiempos pasados. Entre otras cosas le leyeron el pasaje en que se relataba cómo un cortesano, llamado Mardoqueo, había descubierto la conjuración que los eunucos habían tramado contra la vida del rey. Impresionado Asuero por aquel episodio, preguntó a los que le rodeaban: «¿Qué honor y recompensa ha recibido este hombre por su acción?» —«Ninguna, señor», le respondieron. De pronto se oyeron pasos en la antecámara. Era muy de mañana, por lo que, sorprendido el rey, pre-